

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 121

Sevilla—Miércoles 28 de Mayo de 1902

AÑO XXVI

Proyecto de Asamblea

LO QUE DEBE SER

Que el partido republicano está anticuado, se ha hecho viejo y ha consumido todas sus energías en estériles luchas, en africanas envidias, en odios y luchas intestinas, no cabe duda. Que todo es viejo y anacrónico y sus organismos directivos no responden á las exigencias de la idea, carecen de alientos y energías para llevarnos á la tierra de promisión, que parece cada día más distante de nosotros, es indudable.

Que urge mucho una nueva y vigorosa organización para la lucha, para el combate, para la batalla decisiva, todos lo reconocen.

Lo que hace falta es el acierto, y para procurarle, todos los que hemos luchado y luchamos por la causa única que puede dignificar á los pueblos y realizar el progreso, regenerando á los hombres para engrandecer la patria y establecer el imperio de la moral por el derecho, con la garantía de la igualdad democrática, debemos contribuir con nuestros juicios y con nuestras opiniones á fines tan elevados.

Ya lo hemos dicho en anteriores artículos. El pensamiento de congregar una Asamblea republicana nos parece de perlas y de una gran oportunidad, y que ésta se componga de personas individuales, no de organismos ni corporaciones que vendrían á hacer completamente ineficaz la labor ó amañada la representación. Pero es indudable que debe decirse algo del régimen de la proyectada Asamblea, porque tampoco será muy práctico ni conveniente que los acuerdos se adopten rápidamente, porque se puede entrar muy bien y fácilmente en la dictadura y luego no encontrar la salida, ó hallarse tan erizada de peligros y dificultades, que fuera imposible desprenderse del dictador, del protector ó del árbitro.

Para acto tan trascendental será preciso saber si se ha de tratar de principios y de conducta, ó sólo de esto último, aunque nosotros estimamos indispensable que al reunirse los republicanos no pueden menos de adoptar acuerdos y tomar resoluciones respecto de los grandes problemas que en la actualidad preocupan á la Nación y al pueblo español; porque si no le decidimos lo que queremos, ¿cómo se ha de colocar á nuestro lado?

Porque eso de nombrar una ó varias personas que nos dirijan, parece muy sencillo proponerlo y aun resolverlo; pero envuelve un problema gravísimo para los elegidos y para los electores.

Nakens propone el nombramiento de una persona á quien por la traza se ve distintamente á un ilustre fracasado; pero el mismo Nakens no tiene confianza en el éxito, cuando con su característica y hermosa ingenuidad—aparte la frase de modestia—declara que él no aceptaría el cargo, y cuando falta la fé en el éxito, se está muy cerca del fracaso.

Por esto en este punto disintimos del justador incansable, del laborioso é incesante pulimentador de esta piedra en la que ha puesto todos sus talentos, todas sus energías, toda su prodigiosa actividad y su envidiable pluma.

Vamos, sí, á la Asamblea, y perdónenosos que sin ser periodistas ni tener periódico, y sólo por afición y por amor á la democracia y á la República, y con ellas á España, nos metamos, como suele decirse, en camisa de once varas, para romper una lanza en pro de la delebración de ese gran congreso republicano, tanto más deseado cuanto más necesario es en los actuales momentos, para realizar los empeños de una gran falange de soldados y de la gran comunidad española que sólo en la República y en la democracia consideran la realización del progreso y el bienestar del pueblo.

No debemos ir á la asamblea para hacer diputados y concejales que con el acta en el bolsillo, ó se rebelen, constituyéndose en nuevos grupitos, ó se inclinan benévola y gubernamentalmente que nos han reducido á la situación en que nos hallamos, ó con desplantes de un ultrarradicalismo que no mismo puede caer de rodillas ante el rey que entregarse ciego en los límites de esa extrema izquierda que está á

las puertas del delito de lesa nación, de lesa humanidad ó del crimen de fratricida.

No vayamos á la Asamblea á darnos un tirano ni á crear nuevos cacicatos. Tengamos memoria, acordémonos de los hechos pasados como lecciones y enseñanzas para el porvenir, y busquemos y elijamos los hombres que por sus condiciones sean prenda segura de traducir en hechos los acuerdos que adoptemos.

Las amistades personales son malas en este caso, pero son mucho peor los grupos de amigos que llevan á todas partes los pendones y los estandartes de su cabecilla, á quien proponen para todos los cargos, con objeto de que no se quede huérfano de alguno.

Fijémonos en esos eternos alborotadores. En esos constantes maldicientes, que calumnian, que injurian, que deshonran, y que todo lo encuentran malo si no lo han hecho ellos; que proclaman el retraimiento para ofrecer apoyo á los candidatos monárquicos á cambio de algunas pesetas ó de algunos almuerzos.

Todos estos deben ser excluidos, y, si fuera posible, desenmascarados y expulsados.

Hombres serios, convencidos, prudentes y que no bullan ni se hagan ver demasiado.

Con esto, con un acta de declaración de principios que contenga soluciones para resolver los problemas pendientes y el compromiso de honor de ir á la revolución con lo que se pueda, habremos conseguido un grande triunfo.

A. A.

Murmuraciones

Ha sucedido lo que se esperaba. Sagasta, por imposición de Palacio, en donde el Nuncio ha dicho que si se presenta á las Cortes la ley de Asociaciones se marchará á Roma, se niega á que las Cortes se abran; y Canalejas, como es consiguiente, y como lo tenía prometido, entrega su dimisión.

Seguimos, pues, lo mismo que estábamos antes: súbditos sumisos de Roma, que es la que nos manda.

Aquí no manda Sagasta, ni Silvela, ni la monarquía; manda Rampolla y se hace lo que Rampolla quiera.

Esto es de lo más bochornoso que puede sufrir un pueblo á principios del siglo veinte.

Las islas Filipinas se entregaron por salvar un alma, esto es:—¡Sálvese mi alma y piérdanse todas las islas habidas y por haber!

Hoy, á los tres años de haber entregado las islas y todas las colonias, nos encontramos en peor situación; porque ahora no se trata de islas, sino de la Península entera, entregada á la rapiña, á la voracidad de los ejércitos del Papa.

—¡Váyase Canalejas, húndase España toda, pero que no nos falte el apoyo de Roma, la entrada franca en la Corte celestial!—habrán dicho ahora.

Y Sagasta, impasible, frío, excéptico, como un despreciable maniquí que no conserva afecto ni á la ropa que lleva puesta, se somete, se humilla y pone á la nación española á los pies del papado.

Canalejas no se amolda á servir de juguete, y á despecho de todos los compromisos y riesgos, ha presentado la dimisión.

La actitud resuelta de este hombre público es digna y merece el apoyo y las simpatías de toda la España liberal.

Las miradas todas de la democracia española están puestas en él, y ha sabido colocarse á tanta altura, que si tiene ánimos para proseguir el avance comenzado, pronto tendrá detrás de sí el partido más fuerte y más numeroso que ha habido en España.

Estamos, pues, condenados con Sagasta y con Silvela á ser una dependencia de Roma... Ya no caben componendas, y los extremos están deslindados.

A un lado el Palacio, la monarquía, con sus servidores al trono; y al otro lado la nación, la inmensa masa que sufre, que trabaja y que lleva acuestas todas las obligaciones.

¿Quién vencerá?

Ó España, redimida de una vez y para siempre, ó España sometida á la más vergonzosa de las reacciones: á la reacción clerical y extranjera.

Poco habrá de vivir quien no lo vea.

Según las notas que publican los periódicos

de la mañana, relativas al Consejo de ministros celebrado, el Sr. Duque de Almodóvar, ministro de Estado, aseguró que si la ley de Asociaciones religiosas se presentaba á las Cortes, el Nuncio se marcharía enseguida á Roma.

¡Qué ocasión más bonita para que hubiéramos tenido gobernantes dignos y españoles de la buena cepa, para haberlo echado á puntapiés antes que sacara el billete!

¡Y qué beneficio para la nación, que se hubiera ahorrado la millonada que se lleva de sueldo la nunciatura!

Porque hasta esas tenemos en España: el representante del Papa cobra del Estado español. Y no sólo cobra, sino que manda. Es decir, que somos cornudos y apaleados.

¡Caniquí ha muerto, señores!

¿Aún no os habéis enterado?

¿Y quién es ese Caniquí?

La Prensa lo dice claro.

¡Banderillero de Cúchares!

Un campeón que, olvidado,

pasaba la vida en Córdoba

sin pedir nada al erario

nacional, aunque en sus tiempos

fuera un héroe con los palos.

Desgracia tan impensada

viene de luto á llenarnos,

y yo no sé si reírme

ó llorar desconsolado.

Todos los grandes colegas,

los colegas sevillanos,

nos relatan de Caniquí

los méritos renombrados.

¡Pobre Caniquí, Caniquí!

Al fin cerraste los párpados

para siempre, en el misterio...

¡Te moriste cuarto ando,

y llegaste al cementerio

cuando acá nos enteramos!...

Dice un periódico hablando de los festivales últimos celebrados en Madrid con motivo de la coronación:

«Han sido presentados al rey por la regente tres cardenales y treinta obispos.»

Que á 7,500 duros los primeros, y á 5,000 término medio, los segundos, porque había arzobispos también, nos resulta la cantidad de 172 500 duros.

De manera que la señora regente debió decirle á D. Alfonso:

—Hijo mío: Ahí te presento 172,500 duros de religión católica apostólica romana. Para esos viejos cochos é inútiles trabajan los hombres forzudos y útiles de la nación. Si no fuera por ellos, no contaríamos con el apoyo de la Corte celestial.

La Iberia de hoy nos da la grata noticia de que la Junta de vecinos nos va á salvar de la triste situación en que nos encontramos respecto al abastecimiento de aguas potables en la ciudad.

El colega, que está bien enterado de lo que sucede entre los ingleses y los manantiales, dice hoy:

«Nosotros, que tuvimos el gusto de asistir á tan importante visita, por otros muchos motivos que la discreción nos impide hacer públicos, aunque sabemos que producirían gratísima impresión en el vecindario, salimos tan confiados en que el pueblo de Sevilla ganará el litigio, para el que nombró sus defensores á personalidades como las que componen la Junta de vecinos, que no podemos menos que felicitar al pueblo y al señor conde de Santa Bárbara, á trueque de excedernos.»

Bueno; pues en el mismo día que el apreciable colega nos da noticia tan grata, en ese mismo día han venido á avisarnos que á las doce cortarán el agua.

Es de creer que la Empresa inglesa, convencida de que la Junta de vecinos le va á poner las peras á cuarto, se ha dicho:

—En tanto no lo hace, aprovechémonos.

¡Ah! Y por si no lo sabe el colega, y para que confíe en que la Junta de vecinos se va á salir con la suya, le diré que el abogado en Madrid de la Empresa de Aguas de Sevilla es el Sr. D. Eugenio Montero Ríos.

Después que el colega sepa esto, si no lo sabía, comprenderá lo difícil que le será á la Junta de vecinos ganar la pelea.

Las cigarreras sevillanas que han ido á Madrid á presentarle sus respetos al rey, y además de sus respetos una placa de oro y varias fotografías, están siendo objeto de las mayores atenciones.

Son huéspedes del Hotel Inglés, porque se quejaron del primer alojamiento, y ya las han llevado en procesión, regalándolas abanicos y enseñándolas los edificios más notables.

Nuestro Alcalde, haciendo uso de su autoridad, y encontrándose en Madrid, se ha consti-

tuido en su cicerone, y él las presentará al rey, y él las acompañará á donde sea menester.

Total: que las cigarreras sevillanas están llamando la atención en la villa y Corte.

¡Y eso que no hemos mandado allá más que una muestra de cigarreras!

Si mandamos una muestra de cigarreros, nos llevamos la palma.

Y si—todavía es tiempo—mandamos una muestra de cigarreros... ni que decir tiene. Hasta D. Alfonso se resfría.

Se han vuelto medio locos

los chicos de la Prensa, porque, al coger las notas, notas oficinescas, se las firmaba el rey... ¡Oh, qué grata sorpresa! —¡Viva España!—dijeron. Nuestra nación se eleva. Hasta el rey se declara periodista á secas.

¡Oh, país de lacayos! ¡Y quién te regenera!

Dice un telegrama acabadito de llegar:

«Los contadores de fondos provinciales y municipales han celebrado un banquete para demostrar de modo evidente la solidaridad que entre ellos existe y su adhesión al trono.»

¿Estaría allí también el contador de los fondos provinciales de Sevilla?

Me refiero á ese señor que ha huído con los fondos provinciales para demostrar de modo evidente la solidaridad que entre ellos existe y su adhesión al trono.

¡Qué gracioso resulta todo esto!

Respecto á los festivales celebrados en Madrid últimamente, exclama un escritor concienzudo:

«El ruido produjéronle los menos. Cien mil, doscientas mil, trescientas mil personas, si queréis, que se regocijaban y chillaban. El resto de España en nada tuvo parte; y como ese resto, este pobre Madrid, que estos días renegaba como tú, catalán, en el telar; como tú, gallego, en tus sembrados; como tú, vascongado, en tus minas; como tú, andaluz, en el ter. uño... Eran los zánganos, los zánganos de siempre quienes hacían el ruido.»

¿Y hasta cuándo vamos á conseguir que los zánganos se lleven la miel de esta colmena?

¿Hasta que nos avise el Nuncio?

Pues... ya estamos frescos.

3.136 asociaciones religiosas tenemos en España, sin contar las de contrabando.

Ahora hagan ustedes un cálculo sobre la procreación de los individuos que componen esas 3.136 asociaciones.

Y comprenderán, como yo, que hay necesidad de ensanchar las Inclusiones.

¡Y vayan verdades!

CARRASQUILLA.

La liga continental

Habrán observado nuestros lectores que, coincidiendo con los festejos reales, se ha vuelto á hablar de Sierra Carbonera y del cambio de Ceuta por Gibraltar.

Los ingleses, que nos han honrado concediendo al rey la famosa liga y haciéndole caballero de la jarretiera, al propio tiempo han suspendido los trabajos de fortificación de nuestra línea gibraltareña.

Obedece la actitud británica, según algunos afirman, á la misión reservada que ha traído á Madrid la misiva extraordinaria de Francia de que ha estado encargado el general Florentin, que ha celebrado algunas conferencias reservadas, de que no nos han informado los grandes periódicos, y acerca de las cuales ha guardado absoluta reserva el órgano del todavía ministro de Obras públicas.

¿Por qué callan? ¿Por qué esa reserva estudiada para que el público no se entere? ¿O es que la política extranjera y nuestras relaciones con el mundo no interesan más que á los jefes y á algunos primates de los partidos monárquicos?

¿Es que las aventuras que podemos correr y los compromisos que va á contraer la Nación, ó que ha contraído ya, no afectan al pueblo español? Dígame de una vez para siempre.

Si el general Florentin ha venido á Madrid

á echar los jalones para una inteligencia con la *duplex*, teniendo nosotros puramente el carácter de auxiliares de la república vecina, no parte contratante en el concierto, también debemos y queremos saberlo, y el gobierno es el primero y el más obligado á decirlo; porque aunque nuestra situación sea precaria y difícil, no hemos bajado hasta el punto á que se nos quiere reducir: que un factor del concierto europeo lleve nuestra representación por no considerárenos con capacidad ni con personalidad suficiente para tratar y discutir por nosotros mismos.

Nunca fuimos partidarios del aislamiento, porque hemos considerado siempre que, apartarse de las corrientes de Europa y vivir dentro de nuestra casa sin más relaciones que las de la corteza, era suicidarnos; pero de esto á renunciar á nuestras personalidades y á nuestra independencia para tratar directamente, sin protectores ni patronos, hay inmensa distancia. Es decir, que vamos á aceptar todos los compromisos de la alianza francorrusa sin participación en las ventajas. Así tenía que ser para caer todavía más bajos.

Hemos concedido el Toisón á Loubet á cambio del gran cordón de la Legión de Honor de que ha sido portador el gran Maestro de la orden, general Florentin. Nos empujan los monárquicos á uno de los grupos de las potencias continentales, pero no como miembro de los aliados, sino como un sencillo auxiliar que asocia Francia á su fuerza y que suma por su cuenta en el concierto con su poderoso amigo el Zar de Rusia.

Llevamos, pues, las de perder, como siempre, y sometidos al gobierno de París por obra del marqués del Muñi y de los dos partidos turmantas; mientras el Papa impone su voto en los problemas político-religiosos interiores, nuestra cancillería no será en el exterior más que una oficina auxiliar del ministerio de Negocios extranjeros de Francia.

A.

TRANSWAAL

La paz imposible.—Ejecuciones horribles de niños.—El corso.—Surcouff.

Las hostilidades han vuelto á recrudecer; la paz, como dije antes, es imposible en la forma que quieren los ingleses.

Estos quieren la entrega de las fuerzas armadas sin ninguna clase de condiciones, reservándose el derecho de ahorcar á los rebeldes del Cabo y del Natal. Los boers, dechados de nobleza, exigen, antes que la independencia, una amnistía completa para sus hermanos de las colonias.

Chamberlain, el rey de la hipocresía, firmó hace pocos días un largo documento de pesame dirigido al Ministro de las Colonias francés y acto seguido una autorización para las matanzas de los concentrados de los campamentos.

El rey de Inglaterra manda una respetable suma para socorrer las penalidades irremediables que manda la Naturaleza por el intermedio del Monte Pelado, y al mismo tiempo sanciona los horrendos asesinatos de innumerables víctimas inocentes.

¡Qué ironía!

Querer remediar lo irremediable y consentir y animar el mal cuyo remedio se tiene en la mano.

Desde el día 12 hasta el 20 del actual ha recibido el Doctor Lyds 174 ofrecimientos más de hombres, que, bajo la bandera del Transvaal y del Orange, desean armar en corso otros tantos buques.

Hasta hoy son 2,179 los ofrecimientos hechos al gobierno boer; pero, cosa incomprensible, el anciano presidente no acepta.

¡Qué lastima!

Aquí encajan de nuevo las proezas de Surcouff, prometiéndome dar á luz, dentro de pocos días, las innumerables hazañas de un célebre marino español, para probar á los detractores de nuestra raza latina, que, llegada la hora, han de surgir, como antes surgieron, hombres capaces de reducir á la nada el orgullo de la feroz Albigión.

En Julio de 1798, Surcouff se embarca en Paímboeuf, á bordo de la *Clarisse*, haciendo rumbo hacia la Martinica, hoy teatro de tan terribles catástrofes; en su camino apresca un sin fin de barcos. Cada correo de Calcuta ó de Bombay atrojaba en el mercado de Londres noticias como la que sigue:

«El famoso capitán Surcouff, de haber sido cazado largo tiempo, pero en vano, por la fra-

gata *Sybilie*, ha atacado y cogido á la vista del *Mauship* y del *Landsdown*, buques de la compañía de las Indias, el convoy que escoltaban.»

Surcouff, ocupado únicamente en vencer, dejaba á los ingleses el cuidado de dar parte al Almirantazgo de sus derrotas.

Pasaré en silencio los miles de episodios gloriosos que forman una aureola resplandeciente al gran marino. Los propios compañeros de Surcouff se lo representan como á un sér sobrenatural, le atribuyen inteligencias ocultas con los vientos y con las aguas, y se cuentan en el silencio de la noche que su capitán manda á los elementos. Por poco lo deifican.

La autoridad de Surcouff sobre sus hombres, es tan grande como el terror que inspira á los ingleses.

Un día se levanta cierta discusión en el reparto de un inmenso botín, consistentes en barras de oro del valor de un millón de francos.

Surcouff, para poner acuerdo en la disputa, que tomaba el aspecto de una batalla campal, manda arrojarse el montón de oro al mar. Los corsarios miraban á aquellos tesoros hundirse para siempre en el abismo, pero ninguno de ellos se atreve á formular la menor queja.

Con tales hombres, Surcouff no teme de luchar contra fuerzas diez veces mayores á las suyas.

El barco que manda ese hombre extraordinario, llámese *Emilie*, llámese *Clarisse*, *Creole*, ó la *Confiance*, es siempre el vencedor de ayer, de hoy ó de mañana.

Es en extremo emocionante el combate de la *Confiance* contra el buque inglés el *Kent*.

Hé aquí como lo refieren los documentos de aquella época, y que jamás pudieron desmentir los lores del Almirantazgo:

Era el 7 de Octubre de 1800, el año de Marango. El *Kent*, un majestuoso pailebot de la Compañía de las Indias, llegaba al salir el sol á la Vista de la costa de Bengala. Llevaba, además de su tripulación y pasajeros, tropas destinadas á las guarniciones de la colonia: en conjunto, un efectivo de 437 combatientes, de los cuales, un general con su Estado Mayor. El enorme buque había hecho una travesía feliz, y avanzaba lleno de confianza. ¿Qué peligro hubiera podido temer?

De repente, allá en la dirección de tierra, surge un ligero copo blanco, una vela tan menuda, que se la adivina más que se la ve.

Un barco piloto, sin duda, un amigo. Sin embargo, ese andar particular, ese vuelo rápido como el del milano....

¿Será un corsario?

No, no es posible tanta audacia; pero, ¡ah! ¡si lo fuera, qué fiestal!

Ese corsario habría contado sin la huésped y no se podría figurar la recepción que le esperaba.

Ya no hay duda: es un corsario. Zambra á bordo.

Los oficiales del *Kent* dirigen al imprudente sus más finas bromas: al mismo tiempo que se preparan á dirigirle buenas andanadas de los gruesos proyectiles de sus magníficos cañones.

A oírles, no es una batalla la que se prepara, es una fiesta. Las señoras del pasaje están galantemente invitadas á presenciar el hecho de armas que se va á cumplir á su vista, y ellas, con unos tocados encantadores, toman asiento en cómodos sillones sobre cubierta.

¡All right! El barco sospechoso entra en las aguas del *Kent*. Un primer cañonazo le invita á arriar su pabellón.

La *Clarisse* no contesta.

—Tiene el oído duro—declara el comodoro Rivington—vamos á hablar en alta voz—dice en medio de grandes carcajadas.

Una descarga espantosa estalla: una verdadera nube de hierro y plomo barre la superficie de las aguas.

Cuando se ha disipado el humo, el corsario se ha desvanecido. El mar, seguramente, va á escupir los restos de la nave: los cadáveres... No, nada de eso. ¿Dónde está ese buque fantasma?...

No está muy lejos, está más cerca de lo que quisieran los elegantes *ladyes*, pues mientras que su vista se dirige hacia el abismo profundo, él, por una maniobra de rapidez alada y de una inconcebible audacia, ha venido á alojarse, á abrigarse á la popa del *Kent*, cuya masa alta le protege contra el fuego de sus cañones, y en donde las escaleras de cuerda se enganchan, y por las que, cual tigres, trepan los ágiles hermanos de la costa.

Un grito, uno solo, pero que hace retumbar el espacio:

—¡Al abordaje, amigos míos!

Ahora quisiera tener la pluma de Homero para hacer una descripción digna de semejante

hazaña y de la gloriosa y espantosa escena que se desarrolló sobre la cubierta del *Kent*.

Por encima de las bordas del pailebot fué un salto prodigioso de hombres, un verdadero huracán de rostros humanos transfigurados por el odio al inglés, por la sed de victoria, aguijonada por la enorme superioridad numérica del enemigo; rostros aullantes que parecen vomitados por el insondable abismo.

Un jefe domina á todos, les excita, les comunica su alma de fuego. Tan pronto como aparece su rostro, rostro inolvidable, cien memorias inglesas, en cien clamores de espanto, le han nombrado:

—¡Surcouff! ¡Es Roberto Surcouff!

—¡Francia y Surcouff!—exclaman los asaltantes.

Los enemigos, empujados, volcados, caen sobre cubierta; en vano se forman en un compacto cuadro. Sus filas se abren al esfuerzo gigantesco de los corsarios. En pie, en medio del turbión, y como un sér invulnerable, aparece Surcouff cual ángel exterminador; en todas partes se halla á la vez; obra y habla, mata y manda. Con una mano mancha un sable, con la otra una enorme pistola, y á su lado su fiel negro Bam-bou le tiene preparado su fusil.

¿Qué añadir? Se adivina lo demás; el puente del *Kent* conquistado, las preciosas *ladyes* implorando de rodillas la caballerosidad del vencedor, que no echarán de menos, y la bandera de Francia trepando lo alto del mástil, saludada al paso por los colores británicos que bajan lacios y humillados.

La batalla había durado una hora y cuarenta minutos.

Tales son las escenas que renacerían si el testarudo Klüger quisiera autorizarlas.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

De actualidad

Canalejas obsequió con un almuerzo en su domicilio á los veinte obreros que intervinieron en el campeonato del Tiro Nacional.

El acto fué cordialísimo.

Al terminar entregaron al presidente del Tiro Nacional un mensaje elocuente, enalteciendo la iniciativa de la fiesta del Campeonato y ofreciendo un tributo de admiración y agradecimiento por la magnanimidad y brillantez del acto, en nombre de sus hermanos y compañeros.

Fírmanlo todos, y, en primer lugar, Domech.

Asegúrase que Sagasta, en la conferencia con Canalejas, accedió á la apertura de las Cortes.

Canalejas iba contrariado por las declaraciones de Sagasta en *El Imparcial*.

En Londres un individuo logró introducirse hasta las habitaciones del rey, encontrándose éste ausente.

Detenido, resultó loco.

Las cigarreras sevillanas visitaron en Madrid al marqués de Paradas y al Director y consejeros de la Tabacalera.

Lucían mantones y claveles en el pecho y la cabeza.

Hoy al medio día las recibió el Rey.

En el Hipódromo de Madrid verificóse el concurso de coches, que estuvo concurrido, y comenzó el de ganaderos.

El primer premio concedióse á un carriot del marqués de Cerralbo; el segundo á un milor del mismo, y el tercero á un factón del conde de Mejorada.

Londres: En el Consejo de ayer se habrá tratado de las condiciones definitivas que se fijan á los boers, confiándose en la solución favorable á la paz.

El Círculo Mercantil eleva exposición pidiendo la rebaja en los consumos.

La familia real almorzó en el hotel de la infanta Isabel.

Esto originó el ir Sagasta á las dos de la tarde á palacio.

En Haití constituyóse el Gobierno provisional, presidido por el general Bourdon Canal.

La peste bubónica causa estragos en Majunga (Madagascar).

En la Bosa de París alcanzan gran firmeza los valores españoles.

El Consejo de ministros acordó la adquisición de material para barracones con destino á la Comandancia del Campo de Gibraltar.

Aprobáronse las reglas aplicando á Guerra el indulto general.

Otros expedientes de Gobernación y Agricultura.

Varias carreteras.

Moret leyó la estadística de las Asociaciones religiosas existentes, que suman 3,136, siendo 1,858 hermandades, cofradías y círculos.

Aprobóse por unanimidad la ponencia sobre Asociaciones.

También quedó aprobado el tratado de arbitraje con las repúblicas americanas.

Cambiáronse impresiones sobre los asuntos pendientes, aplazando el acuerdo para nuevo Consejo.

Fondeó en Tenerife el crucero colombiano *Cartagena*.

En Barcelona se celebrará en breve Consejo de guerra contra el soldado Juan Valls, acusado de desertión frente al enemigo en Filipinas.

El fiscal pide la pena de muerte.

En el Consejo dimitió Canalejas. Sagasta transigió con abrir las Cortes á condición de que hasta Octubre no se presentara el proyecto de Asociaciones.

Canalejas mostróse contrario.

Sagasta comunicará hoy al rey la dimisión de Canalejas.

Indicase á Puigcerver para sustituirle.

El rey manifestó ayer á Sagasta deseos de visitar en Junio las principales capitales. Le acompañará Sagasta.

Canalejas sostuvo el criterio de que no podía presentarse en las Cortes sin leer el proyecto de asociaciones.

Transigió con que recayera debate sobre el mismo para que expusieran todos el criterio y se deslindaran los campos.

Después se dejaría pendiente de discusión hasta Octubre.

Sagasta opúsose á esto.

Almodóvar entendía que no podía discutir hasta ultimar las negociaciones.

Moret quería la apertura de Cortes para discutir el proyecto de huelgas.

Indicó su dimisión, pero no insistió para crear dificultades á Sagasta.

Curiosidades

PRADERA Y ERMITA DE SAN ISIDRO

Es la «pradera» el punto más típico donde suele congregarse el verdadero pueblo madrileño, del 15 al 25 de Mayo.



Vista de la Pradera

En esta pradera, y sobre una pequeña altura, cuenta la tradición que el santo labrador, San Isidro, abrió una fuente milagrosa.

La esposa del emperador Carlos V, en 1554, mandó construir junto á dicha fuente una ermita, en devoto agradecimiento de haber el príncipe don Felipe recobrado la salud haciendo uso del agua de aquella fuente.

Junto á ella, según algunos cronicos, dicha señora logró matar de un rejonazo á un oso que la atacó.

(Continuará.)

Un solterón

Algunos años atrás asistía yo al Casino casi todos los días y particularmente á la hora de comer; tenía siempre á mi lado á un personaje original.

No hay para qué decir que no tardamos en ser amigos.

D. Andrés era, en toda la extensión de la palabra, lo que se llama un solterón, y tenía sobre el celibato y contra el matrimonio ideas fijas que no desperdiciaba la ocasión de apoyar.

Como todos los partidarios del celibato